

ESTADO, CULTURA Y LUCHA DE CLASES EN LA EPOCA DE LA GLOBALIZACIÓN

Eduardo Bernardo Gómez Irisarri
Facultad de Derecho de la Universidad de la República (Uruguay)
eduardobgomez@adinet.com.uy

Resumen

La reproducción ampliada del capital ya no se realiza adecuadamente en el marco de los Estados-naciones, los que al constituirse en obstáculos para la misma entran en declive y reformulación. Por tanto se modifican las formas a través de las cuales las sociedades se organizan, lo cual implica una recomposición de los espacios socioeconómicos, políticos, etc.. Estos cambios son de carácter estructural e implican a la propia organización de las estructuras de dominación.

Los diferentes procesos de integración son propuestas que articulan los referentes locales y nacionales que cada vez con mayor intensidad configuran y reestructuran el significado de las "marcas regionales", establecidas como consecuencia de historias distintivas. Si bien se rompe con la lógica de conformación de lo social a partir de grandes colectivos, esto no implica que se anulen las grandes determinaciones sociales.

La relación desigual y contradictoria de dominación/subordinación que surge de la existencia de las clases sociales hace que exista una división en el interior de la cultura. Por lo cual existen en su interior dos dimensiones antagónicas que luchan entre sí, así como existen luchas al interior de ellas. Por lo tanto no existe "la cultura", sí existe la cultura dominante que es una dimensión junto a otras de la "estructura global de dominación".

La ponencia concluye planteando que para la construcción de una propuesta de liberación se debe elaborar una propuesta ideológico-práctica que haga "saltar en mil pedazos" las relaciones de dominación.

PONENCIA

Fin del Estado-nación y resignificación de las estructuras de dominación

El Estado-nación elabora una unidad artificial, el pueblo, que está más allá de todas las contradicciones de clase. De esta manera encubre las contradicciones de clase, y construye-a nivel ideológico-la sensación de participar en una colectividad neutra, por lo cual, la caracterización nacional está por encima de la pertenencia de clase, introduciendo la falsa representación de una realidad nacional en la cual aquella desaparece. Con lo cual esconde, que sus estructuras representan la forma de institucionalización de la dominación capitalista, “las instituciones benefactoras tienen el efecto fetichizador de hacer materialmente aceptable la dominación del capital, y a partir de ahí, construir el andamiaje ideológico que amalgama a la sociedad capitalista y la legítima”.

El Estado-nación se convirtió en principio ordenador, y en “unidad reguladora” en el capitalismo clásico. Así, el sistema internacional definido como sistema político, estaba constituido por unidades representadas por los diferentes Estados-naciones. Estos se convirtieron en el único eje, en torno al cual se movían las diferentes sociedades en lo económico, lo político, etc.

Estamos asistiendo a un proceso de mundialización de los mercados, se trata de un cambio estructural que convierte al planeta en un “único mercado”, y en terreno en que los capitales y los procesos de producción se desplazan más libremente que nunca. Esto conduce a una redefinición de las funciones del Estado-nación. Como consecuencia de las transformaciones cualitativas a nivel económico, político, se modifican las formas a través de las cuales las sociedades se organizan, lo cual implica una recomposición de los espacios económicos y políticos.

Estos cambios son de carácter estructural, e implican a la propia organización de las estructuras de dominación de clase. Pero esto no significa que se hayan eliminado las relaciones fundamentales, ni las contradicciones del capitalismo. “Bajo el capitalismo global, las contradicciones sociales se generalizan más que nunca. Se despliegan sus componentes sociales, económicos, políticos y culturales, por los cuatro puntos del mundo...las contradicciones sociales se agravan en los países dependientes...La misma reproducción ampliada del capital, incluyendo su

concentración y centralización, acelera y generaliza los procesos de proletarización, de pauperización” (Ianni, 1998: 97 y 98)

Lo que ha sucedido es que han cambiado “sus condiciones y circunstancias de operación”. Es el caso del espacio necesario para la reproducción eficaz de los procesos productivos y de las relaciones económicas. Lo que antes ocurría y se resolvía (en gran medida), dentro de los límites de la economía nacional, hoy se desborda cada vez con más frecuencia, y se estructura en términos regionales, de bloque.

Si bien es cierto que bajo el capitalismo es necesario tener en cuenta la lógica del capital y sus tendencias de acumulación, éstas no son autónomas, es decir que lo económico no tiene una dinámica propia. Se encuentra imbricado en el proceso de lucha por la extracción del plusvalor. Como afirmaba Poulantzas, “esta internacionalización, influye profundamente en la política y en las formas institucionales de esos Estados por su inclusión en un sistema de interconexiones, que no se limita en modo alguna, a un juego de presiones “externas” y “mutuas” entre Estados y capitales yuxtapuestos” (Poulantzas, 1986 : 69)

El problema de la identidad

No se puede afirmar una identidad diferente, sin diferenciarla de un contexto, en el mismo tiempo empírico de calendario en que aquello ocurre se está afirmando el contexto. Lo diferente actúa únicamente en el movimiento contradictorio, de afirmar una identidad diferente, y al mismo tiempo de anularla, esto sucede como consecuencia de su inserción en un medio no desigual. Es cierto que toda identidad particular implica, como una de sus dimensiones, la confirmación del derecho a una existencia distinguida. Pero como sabemos, el derecho a la distinción, es afirmado dentro de un espacio, en el cual el grupo en cuestión tiene que convivir con otros grupos. La identidad separada y diferencial pura se construye a través de la diversidad y la diferencia. La relación con el otro se encuentra directamente presente conformando la propia identidad. Esto es así, ya que un conjunto que habita en el seno de una comunidad que lo rebasa, no vive una existencia aislada. Ya que parte de la definición de su propia identidad, es consecuencia de la construcción de un sistema complejo de relaciones con otros grupos. Estas relaciones son legalizadas por normas y principios que trascienden el particularismo de todo grupo. Por lo tanto la

conformación de la propia distinción, requiere de algo que no se agote en ella.

Como afirma Laclau* esta dimensión de universalidad es solamente “un lugar vacío”, que uniforma a la totalidad de las demandas equivalenciales. Tenemos que especificar la naturaleza de este lugar en términos de su contenido como de su función. El contenido, le es dado por una articulación momentánea de demandas equivalentes. En lo que se refiere a la función, ella se agota en introducir cadenas de equivalencias, en lo que hubiera sido de otro modo un mundo puramente diferencial Este es el momento de la sumatoria hegemónica y de la articulación. La forma en que opera, es dando a una demanda particular una función de representación universal. O sea, asignarle el valor de un horizonte que el dé reciprocidad al encadenamiento de equivalencias y que, al mismo tiempo, lo mantenga interminablemente abierto.

Los diferentes procesos de integración, son propuestas que articulan los referentes locales y los referentes nacionales, que cada vez con mayor intensidad configuran las identidades, y reestructuran el significado de las “marcas regionales”, establecidas como consecuencia de historia distintivas. El proceso de conformación de las identidades sociales, se manifiesta a través de las diferentes modalidades de conformación de los “agregados sociales”. Si bien se rompe con la lógica de conformación de lo social a partir de grandes colectivos, grandes demandas, y grandes principios de legitimación de la acción social”, no implica que se anulen las grandes determinaciones sociales. Esto es así ya que no se puede ignorar el rol de organizador de la sociedad que tiene el poder, así como tampoco se puede desconocer su carácter de productor de sentido que estructura y reproduce las relaciones de dominio que existen en la vida cotidiana y que atraviesan las clases sociales. “En la medida en que el globalismo se constituye en una nueva y poderosa totalidad social se revela como el nuevo e intrincado escenario de fuerzas sociales y de luchas sociales, conocidas y desconocidas, todas implicando desafíos prácticos y teóricos” (Ianni, 1998 : 98)

Cultura y lucha de clases

La cultura se presenta como un conjunto de diversos “elementos” materiales y sentimentales, históricamente dados, que, al mismo tiempo que expresa el dominio sobre la naturaleza alcanzado por la sociedad. Proporciona el marco objetivo necesario para la representación subjetiva que tiene los sujetos de su lugar y papel en la sociedad.

Ahora bien, la relación desigual y contradictoria de dominación/subordinación, que surge de la existencia de las clases sociales, hace que exista una división en el interior de la cultura. Sus elementos constituyen núcleos estructurados que compiten entre sí, que se subordinan unos a otros, o que convergen. Por tanto si se toma en cuenta la naturaleza de los elementos que la componen, así como su “origen social” y su distribución no es homogénea. Por tanto la cultura dominante, es una dimensión junto a otras de la estructura global de dominación.

El sistema económico capitalista se centra, en la función del mercado, como determinante del valor de todo bien de consumo, y como regulador de la participación de cada uno en el “producto social”. La organización de la sociedad a través del proceso capitalista de trabajo, ha hecho que los hombres dependan del mercado para satisfacer sus necesidades. Se tiene libertad para comprar y vender. El trabajo humano a llegado a ser un bien de consumo, que se vende y compra en el mercado como cualquier otra mercancía . Por lo tanto, se ha construido un hombre enajenado, en el sentido de que sus acciones, así como sus propias fuerzas, se han convertido en algo ajeno “se levantan por encima de él y en su contra”. Y lo dominan en vez de ser dominadas por él. En esta forma de existencia, la felicidad de la existencia es únicamente posible como felicidad de la apariencia. Pero ésta tiene un efecto real: produce satisfacción. La apariencia se pone al servicio de la existencia. Afirma que existe “un mundo mejor”, al cual se accede por medio de algo que ocurre en el alma del hombre. Así pues, la libertad, la igualdad, se convierten en cualidades del alma. Desde esta perspectiva el “hombre que tiene cultura”, es aquél que interpreta los valores de la “humanidad” como actitud. Se engrandece lo dado. Así pues “eleva” al hombre sin romper sus cadenas. A través de esta característica se superan en forma ilusoria las contradicciones sociales. Por lo cual si bien la cultura dominante ha incorporado en su discurso la lucha por “un mundo mejor”, lo ha hecho de tal forma, que la lucha nunca se lleva a cabo.

Por tanto democratizar la cultura es, reproducir los valores de la cultura dominante. En este sentido, las clases y fracciones de clases dominadas/explotadas, participan de la cultura dominante como consumidores. Ocurre esto hasta cuando algunos “elementos”, originados entre los dominados/explotados, son apropiados por los

dominadores/explotadores, ya que esos elementos pasa a formar núcleos culturales, con lógicas de estructuración diferentes a su núcleo original.

O sea la cultura dominante, cuando se presenta como cultura (a secas) no expresa la “lucha de clases en la teoría”, ya que no admite la existencia de otras culturas diferentes y antagónicas que se enfrentan a ella, ni que se enfrentan entre ellas.

Las culturas intervienen en el devenir social, trabajando la sensibilidad colectiva. Conservando/reacomodando la memoria. Ensanchando el campo de conceptos disponibles, para aprehender la silueta esquiva del conjunto. Los componentes se combinan según formulas diferentes. La diferencia se encuentra definida “en última instancia”, por la manera de sintetizarlos de acuerdo a una matriz ideológica propia. “En realidad toda ideología-o más bien toda práctica discursiva-opera en el interior de un conjunto de signos históricos y socialmente dados, por disociación de los elementos constitutivos del “signo”, esto es, de parte de los “significados” de los que viene indefectiblemente cargado el “significante”, para rearticularlos dentro de lo que viene a constituir un nuevo signo o sistema de signos, con la consiguiente transformación de “significante” y “significado”. Ahora bien, aún cuando las distintas ideologías tienen en común, por una parte el conjunto más o menos heterogéneo de elementos culturales, con base en los cuales se definen, se diferencian entre sí por su carácter de clase...y por su carácter “regional” que se configura históricamente y que puede ser definido por los distintos ámbitos de la práctica social” (Perus, 1991: 630). Por eso mismo, en la medida en que se reduce la cultura, a la cultura elaborada por/a través de la ideología dominante, vamos a seguir estando sujetos por las estructuras ideológico-sociales dominantes .Por lo cual se construye un actuar que no se materializa en una organización que lleve a cabo una “ruptura epistemológica” de aquéllas.

Conclusión

Para la construcción de una propuesta de liberación se debe elaborar una propuesta ideológico-práctica, que haga “saltar en mil pedazos” las relaciones de dominación. Para esto se debe elaborar políticas que comiencen con proyectos puntuales, y vayan tejiendo-a partir de condiciones y posibilidades concretas-diversas formas de confrontación con la realidad dominante. Consideramos que esta es la manera en que se puede estar en condiciones de elaborar proyectos globales, de coordinar

acciones y articular prácticas subversivas, sin arriesgar la diferencia** (pero no se debe realizar una adulación de ésta). Para lo cual, se necesita construir estructuras político-sociales de coordinación que sean internacionalistas. Estas deben ser autónomas en relación con otras similares. El respeto de la autonomía implica el reconocimiento de su identidad, y está como el tipo de organización se construye en la lucha, o sea a través de la relación con los otros dentro del mismo campo popular al que se pertenece, en relación con las organizaciones del campo de la dominación. Se debe reconocer y respetar la diferencia ya que esto, es lo que va a permitir que las clases y los sectores de clases dominadas/explotadas se articulen para llegar a estructurar el sujeto popular.

Notas

*Ver de Ernesto Laclau, “Emancipación y diferencia”. Editorial Ariel. Buenos Aires 1996.

**Ver de Octavio Ianni, “El socialismo en la era de la globalización”. Ponencia presentada en el XXI Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. Realizado en la Universidad de San Pablo entre los meses de agosto y setiembre de 1997. Publicada en “Democracia sin exclusiones ni excluidos”. E. Sader (editor). Editorial Nueva Sociedad. Caracas 1998

Bibliografía citada

Ianni, O. “La sociedad global”. Editorial S XXI Ciudad e México 1998 (1995)

Ianni, O. “La era del globalismo”. Artículo publicado en la revista “Nueva Sociedad”, n. 163, setiembre/octubre de 1999. Caracas.

Peras, F “Cultura, ideología, aparatos ideológicos y prácticas discursivas”. Artículo publicado en la “Revista de Ciencias Sociales”, n. ¾, junio/diciembre de 1991. Universidad e Puerto Rico.

Poulantzas, N. “Las clases sociales en el capitalismo actual”. Editorial S XXI. Ciudad de México. 1986 (1978)